

Publicado en:

Philosophica Malacitana, 1, 1988, pp. 21-42.

Karl Popper: Los aspectos fundamentales de su filosofía de las Ciencias Sociales

Antonio J. Diéguez Lucena
Universidad de Málaga

Una teoría recusada por motivos políticos no es una teoría filosóficamente recusada. Ciertamente es que los intentos de derivar las consecuencias políticas de algunas teorías filosóficas con el fin de poner de manifiesto los perjuicios o beneficios que pueden traer a la humanidad no carecen de legitimidad ni de interés, pero es necesario admitir que dichas teorías sólo encuentran una respuesta adecuada en los análisis centrados sobre criterios propiamente filosóficos. La filosofía de Popper sobre las ciencias sociales ha tenido la mala fortuna de recibir, quizás como pocas en nuestro siglo, un ataque radical y políticamente partidista. Ello ha obedecido sin duda a la fuerte carga política (no sólo antimarxista, como algunos quieren ver, sino más bien antitotalitaria) que ha acompañado en la obra del vienés a los aspectos estrictamente epistemológicos. Desde la publicación de *La miseria del historicismo* (1944) y de *La sociedad abierta y sus enemigos* (1945), la comunidad de sus lectores ha tendido a dividirse de modo regular en dos bandos enfrentados: el de los defensores y el de los detractores. Como era de esperar, esta marcada polarización ha ido en menoscabo de los enfoques más objetivos y rigurosos. Por desgracia no ha sido infrecuente entre comentaristas de diverso signo la descalificación global de la epistemología popperiana de las ciencias sociales bajo el reproche de sus implicaciones políticas «reaccionarias». Las páginas de Popper sobre esta cuestión han sido leídas las más de las veces con la mirada de la sospecha, adjetivadas con ligereza y abandonadas después en el cajón de lo ya sabido y superado. Y este hecho es tanto más sorprendente cuando, por el contrario, su epistemología de las ciencias naturales ha recibido una atención y un respeto casi generales y ha gozado de réplicas de una gran altura intelectual.

No obstante, en los últimos años esta actitud descrita comienza a sufrir un cambio. Los análisis recientes —cada vez más desapasionados, pasada ya una época de fervores revolucionarios y contrarrevolucionarios— parecen ir minando la animadversión o el desprecio con el que cierto sector del público intelectual reacciona ante una parte de la filosofía popperiana. Este artículo pretende unir su voz a esta serie de trabajos y contribuir con ellos, dentro de sus modestos límites, a que la epistemología de las ciencias sociales que Popper desarrolla sea considerada al menos con la misma imparcialidad con que lo es su epistemología de las ciencias naturales, se esté o no de acuerdo con ella. Nuestro objetivo será ante todo la exposición y la crítica de las principales tesis de Popper, así como la clarificación de los conceptos básicos implicados en las mismas. Al final del artículo propondremos como conclusión que algunas de estas tesis se encuentran más cerca de ciertos tópicos positivistas de lo que a su autor le gustaría admitir.

A nuestro juicio, la filosofía de Popper sobre las ciencias sociales se articula en tres aspectos fundamentales que por razones expositivas ordenaremos del siguiente modo: 1) la crítica al historicismo, 2) el individualismo metodológico, y 3) la esencial unidad del método científico.

El primero de estos aspectos nos muestra los errores metodológicos en los que, según Popper, no deben caer las ciencias sociales (v.g., holismo, esencialismo, afán profético, etc.), y que, en sus formas más relevantes, aparecen asociados a una concepción historicista de dichas ciencias. El segundo recoge la aportación original de Popper a la metodología de las ciencias sociales, propuesta por él como alternativa tanto a los abusos holistas del historicismo como al individualismo radical que ve en la historia de la humanidad el resultado exclusivo de las acciones de las grandes personalidades; se trata de lo que él denomina 'método cero' o 'método de análisis situacional'. El tercer aspecto extrae las consecuencias que se siguen de los dos anteriores en lo que se refiere a la relación entre los métodos de las ciencias sociales y los métodos de las ciencias naturales, y en particular a la igualdad de sus rasgos esenciales.

1. La crítica al historicismo

Digamos para empezar que lo que Popper llama historicismo (*historicism*) no coincide exactamente con lo que a menudo ha solido entenderse bajo ese término, lo cual no quiere decir, sin embargo, que Popper esté dando deliberadamente una imagen falsa de una escuela filosófica determinada. En la Alemania de finales del XIX comenzó a utilizarse el vocablo '*Historismus*' para calificar algunas actitudes filosóficas localizables en autores como Vico, Herder, Hegel y sobre todo Dilthey (1), pasando posteriormente a aplicarse también a otros como Ernst Troeltsch y Karl Mannheim. Las tesis centrales de esta corriente de pensamiento (variando su aceptación según los autores) se reúnen en tres: a) el hombre es un ser histórico, no existe una naturaleza humana fijada de una vez por todas, b) todo conocimiento pertenece a una configuración transitoria de cultura y, por tanto, tiene sólo una validez histórica y relativa, y c) las ciencias humanas y sociales sólo pueden alcanzar sus objetivos mediante

la utilización de métodos que les son peculiares y que implican un concepto de científicidad distinto al que encierran las ciencias naturales (2).

Según ha puesto de relieve Alan Donagan (3), cuando Popper publicó las dos obras arriba mencionadas al término alemán '*Historismus*' solía ser traducido al inglés como '*historism*', mientras que '*historicism*' era la versión inglesa apenas usada para el italiano '*storicismo*'. Donagan sostiene que Popper aceptó la traducción habitual de '*Historismus*' como '*historism*', atendiendo en especial bajo este apelativo a la filosofía de Mannheim y Toynbee (4), y que reservó el término '*historicism*' como un «rótulo poco familiar» (5) para designar una postura filosófica reconstruida como tal por él mismo y sin la pretensión de que coincidiera con la escuela alemana encabezada por Dilthey (6). Fue sólo después de la publicación de esas dos obras cuando el término '*historicism*' comenzó a sustituir a '*historism*' como traducción de '*Historismus*'. De ello concluye Donagan que sería anacrónico acusar a Popper de dar una falsa imagen de lo que fue el '*Historismus*'. El poseía una clara conciencia de las diferencias (y similitudes) que existían entre la postura objeto de sus críticas y las ideas de la escuela alemana, y no tuvo responsabilidad alguna en el hecho de que luego pasaran ambas a ser designadas con el mismo vocablo inglés (y castellano).

Sea correcta o no la interpretación de Donagan (7), lo cierto es que el problema importante no es el de la pertinencia del término popperiano '*historicism*', sino el de averiguar si los autores a los que él atribuye ese calificativo fueron o no historicistas en el sentido que él sugiere y si, por tanto, sus críticas a los mismos son realmente ajustadas. La definición que Popper da del historicismo (*historicism*) es la siguiente:

Entiendo por '*historicismo*' un punto de vista sobre las ciencias sociales que supone que la *predicción histórica* es el fin principal de éstas, y que supone que este fin es alcanzado por medio del descubrimiento de los '*ritmos*' o los '*modelos*', de las '*leyes*' o las '*tendencias*' que yacen bajo la evolución de la historia (8).

Son muchos los autores a los que, en uno u otro lugar, Popper inculpa de haber defendido este tipo de historicismo; entre los principales destacan Platón, Vico, Hegel, Comte, Mill, Marx, Spengler, Mannheim y Toynbee. No todos coinciden, como vemos, con los que eran mencionados en relación con el '*Historismus*', y, en concreto, Dilthey brilla por su ausencia.

Por otro lado, según Popper, el historicismo adopta dos modalidades contrapuestas: una se opone a la aplicación de los métodos de la física a las ciencias sociales, la otra es favorable a dicha aplicación. A la primera la llama '*historicismo antinaturalista*' y elige como su representante más típico a Karl Mannheim, mientras que a la segunda la llama '*historicismo pronaturalista*', eligiendo como sus representantes a Mill y a Comte (9). El propósito expreso de Popper en *La miseria del historicismo* es mostrar que tanto una como otra modalidad poseen una idea equivocada de los métodos que la física emplea. Su intención no es tanto refutar ambas posiciones como poner de relieve las confusiones y la esterilidad de sus tesis (10).

La razón por la que los historicistas antinaturalistas consideran que muchos de los métodos de la física no son aplicables a las ciencias sociales está en que creen que las leyes de la naturaleza son leyes universalmente válidas, mientras que las leyes sociales «dependen de una particular situación histórica» (11) y varían conforme van variando los distintos momentos históricos de la humanidad. Esta variabilidad de las regularidades sociales tiene consecuencias que impiden su estudio al modo de las regularidades naturales. Tales consecuencias son:

a₁) Se torna imposible *generalizar* las regularidades sociales con el fin de que queden establecidas como leyes invariables de la sociedad. «La semejanza nunca persiste de un período a otro. De aquí que no haya en la sociedad uniformidades a largo plazo sobre las que se puedan basar generalizaciones a largo plazo, esto es, si dejamos a un lado *regularidades triviales*» (12).

b₁) Toda vez que el *método experimental* se basa en el supuesto de que cuando las circunstancias sean semejantes ocurrirán cosas semejantes, y que para el historicista las circunstancias semejantes sólo permanecen durante períodos breves, la aplicación del método experimental tendría una utilidad muy limitada. De hecho, la simple repetición de un experimento estaría ya condicionada por una nueva circunstancia: la circunstancia de que el experimento se realizó anteriormente y ejerció una cierta influencia. No hay, pues, repeticiones reales en la historia, toda situación social es siempre nueva en algún sentido (13).

c₁) Las *predicciones sociales* son necesariamente inexactas, no sólo debido a la complejidad de los fenómenos sociales que los hace intratables mediante el método experimental, sino también a causa de un efecto muy conocido que Popper bautiza como 'Efecto Edipo'. Se trata del hecho de que cualquier predicción de un fenómeno social puede influir sobre el efecto predicho, bien sea para provocarlo, bien sea para impedirlo. El ejemplo clásico de este hecho es la predicción de una caída en las cotizaciones bursátiles en un período determinado; tal predicción provocaría con toda seguridad el pánico en los inversores y la caída prematura de las cotizaciones (14). Esta posibilidad del científico social de impedir o causar acontecimientos con su actuación hace además que en las ciencias sociales los intereses particulares impidan con demasiada frecuencia una visión objetiva de los problemas (15).

d₁) Las ciencias sociales, a diferencia de las naturales, no deben proceder de manera 'atomística', estudiando el modo como se comportan e interrelacionan los individuos. El objeto de las ciencias sociales no son los individuos o los agregados de individuos, sino los *grupos sociales*, esto es, estructuras sociales que poseen una entidad irreductible a las relaciones de los individuos constituyentes. Los grupos sociales son *totalidades* con una historia, unas tradiciones, unas instituciones que no se explican estudiando sus partes por separado y juntándolas luego. Así pues, las ciencias sociales deben adoptar un enfoque *holista* (16).

Todas estas circunstancias hacen imposible según los historicistas antinaturalistas la aplicación de métodos físicos al estudio de la sociedad (17), y en contrapartida proponen otros métodos que consideran más apropiados y que

no tienen un equivalente en las ciencias naturales. Estos métodos propios de las ciencias sociales se basan en dos principios metodológicos de carácter general:

A) La historia de los grupos sociales sólo se puede conocer en profundidad si alcanzamos una comprensión íntima e intuitiva de la misma; por lo tanto, los métodos de las ciencias sociales han de ser métodos basados en la *comprensión intuitiva del significado* de los fenómenos sociales. «El punto de mira de la física es la explicación causal; el de la sociología, una comprensión de propósito y significado» (18).

B) Las ciencias sociales deben interesarse por la esencia de los fenómenos que estudian, superando así el planteamiento de las ciencias naturales, que se reduce al estudio de los modos de comportamiento de las cosas. «Mientras que los métodos de las ciencias naturales son fundamentalmente nominalistas, la ciencia social debe adoptar un *esencialismo metodológico*» (19). El esencialismo metodológico pregunta en términos de '¿qué es tal cosa?', el nominalismo metodológico en términos de '¿cómo se comporta tal cosa?'. Así pues, las ciencias sociales deben describir la esencia de las entidades sociales y sus cuestiones serán: '¿qué es el Estado?', '¿qué es el crédito?', '¿cuál es la diferencia esencial entre el miembro de una iglesia y el de una secta?', etc. (20). Una razón adicional del historicista para defender el esencialismo es la necesidad que hay en todo cambio de algo que cambie, de algo que conserve su *esencial* identidad a través del cambio.

La respuesta de Popper a las tesis del historicismo antinaturalista va dirigida más contra su antinaturalismo que contra su historicismo. En efecto, el énfasis de la crítica lo pone Popper en señalar que no hay diferencias sustantivas entre las ciencias sociales y las ciencias naturales en todas aquellas cuestiones que este tipo de historicismo considera decisivas para establecer una distinción de métodos. Ordenadas de modo que contesten a las tesis anteriores en el mismo orden, estas serían las réplicas de Popper:

a₁) La variabilidad en las regularidades sociales, que según el historicismo impide cualquier posibilidad de generalización para obtener leyes invariables, no es algo privativo de las ciencias sociales. Existen numerosas regularidades naturales —como las climáticas— que dependen de la situación geográfica, de la era geológica, etc. Por otra parte, del mismo modo que leyes físicas descubiertas en condiciones muy concretas (por ejemplo, las leyes de Kepler) tienen validez en lugares y momentos con otras condiciones muy distintas, cabe esperar también que puedan encontrarse leyes sociológicas válidas a través de diferentes períodos históricos. La afirmación historicista de que no podemos estar nunca seguros de que la validez de una ley social se extienda más allá de los períodos en que se ha observado dicha validez es igualmente aplicable a las leyes naturales (21).

b₁) El argumento historicista de que el método experimental es inaplicable en las ciencias sociales porque en ellas las condiciones experimentales varían constantemente, carece de efectividad. Ni siquiera en las ciencias naturales está muy claro lo que son «condiciones semejantes»; no es posible determinar tal cosa *a priori*, depende de la clase de experimentos que se hagan y sólo

haciendo los experimentos se pueden fijar dichas condiciones (22). Por consiguiente, «la doctrina de la diferencia entre períodos sociales, muy lejos de hacer imposibles los experimentos sociales, es meramente una expresión de la suposición de que, si nos trasladásemos a otro período, continuaríamos haciendo nuestros experimentos fragmentarios, pero con resultados sorprendentes o decepcionantes» (23). Popper piensa que los experimentos sociales son posibles siempre que se trate de experimentos fragmentarios; los experimentos sociales a gran escala o experimentos holísticos son inadecuados e inútiles (24).

c₁) Tampoco se dan diferencias importantes entre las ciencias sociales y las ciencias naturales en lo que se refiere a la influencia perturbadora que el conocimiento previo de los fenómenos puede ejercer sobre la producción de esos mismos fenómenos. Popper no explica ni en *La miseria del historicismo* ni en *La sociedad abierta y sus enemigos* por qué considera que esto es así, pero sí lo hace en otros lugares (25). Según su opinión, también en biología y en física se encuentran casos en los que las expectativas del investigador contribuyen a producir el efecto esperado.

d₁) La justificación del enfoque holista en la investigación científica se apoya en la ambigüedad que encierra el término 'todo'. Dicho término posee al menos dos significados dispares: «Se usa para denotar a) la totalidad de todas las propiedades o aspectos de una cosa, y especialmente todas las relaciones mantenidas entre sus partes constituyentes, y b) ciertas propiedades o aspectos especiales de la cosa en cuestión, a saber, aquellos que la hacen aparecer como una estructura organizada más que como un 'mero montón'» (26). Los todos en el sentido b) son objeto de investigación científica (v.g., para la escuela *Gestalt* de psicología), e incluso cualquier objeto de estudio científico es un todo en el sentido b), pues siempre se puede encontrar en él un orden y, por tanto, una estructura; pero, en cambio, un todo en sentido a) no puede ser jamás objeto de ningún estudio, pues cuando queremos estudiar una cosa, hemos de fijar nuestra atención necesariamente en algún aspecto seleccionado de la misma.

Hasta aquí, pues, la exposición y crítica que Popper hace del historicismo antinaturalista. La cuestión ahora es: ¿ha habido algún autor historicista, incluido el propio Mannheim, que haya sostenido las tesis antinaturalistas que Popper describe? Para contestar a esta pregunta debemos observar una circunstancia que Popper parece no advertir. Los principios metodológicos A) y B) que nuestro autor atribuye como fundamento al historicismo antinaturalista poseen notas completamente diversas. Mientras que la comprensión intuitiva es en la intención de sus principales valedores un modo de conocimiento dirigido hacia lo singular, hacia lo único e irrepetible en las acciones de los individuos, sus motivos, sus deseos, sus sentimientos, etc., el esencialismo metodológico tiene en cambio un fuerte componente holista, «subraya la esencia del individuo como *pertenciente* a una clase» (27), e incluso estudia la clase haciendo total abstracción del individuo, ya que la esencia es siempre algo universal.

Quizás es este contraste el que lleva a Alan Donagan a afirmar: «Puesto que pocos filósofos o ninguno han aceptado alguna vez ambas doctrinas conjunta-

mente, y desde Marx los más grandes de los historicistas modernos que Popper cita no han sostenido ninguna de ellas, creo que Popper se equivocó al intentar 'perfeccionar' la teoría del historicismo con la adición de las mismas» (28). A esta observación Popper responde con ejemplos de autores que a su juicio han mantenido ambas doctrinas, a saber: Aristóteles, Hegel, Dilthey, Marx y Spengler (29). No obstante, hay que decir que, por un lado, atribuir a Aristóteles, a Hegel o a Marx la teoría de la comprensión intuitiva de los fenómenos sociales es hablar con bastante imprecisión, y, por otro lado, Dilthey no fue nunca un historicista en el sentido popperiano, esto es, no sostuvo la existencia de leyes históricas ni efectuó predicciones históricas a largo plazo. Así pues, de todos ellos el único que parece salvarse es Spengler.

Si la crítica de Popper al historicismo antinaturalista adolece de deficiencias como las que acabamos de reseñar, no menos problemático se ofrece el análisis parejo del *historicismo pronaturalista*. Este segundo tipo de historicismo comparte con el anterior la creencia en que la tarea de las ciencias sociales debe ser la de establecer leyes históricas que permitan la formulación de predicciones sobre la sucesión de las diferentes fases del desarrollo de la humanidad. Pero a diferencia del historicismo antinaturalista, este otro considera que esa misión de las ciencias sociales no tiene por qué marcar ninguna diferencia metodológica esencial con las ciencias naturales, ni generar en aquéllas el uso de procedimientos peculiares. Los argumentos del historicismo pronaturalista se pueden resumir en los siguientes:

a₂) Las predicciones sociológicas son inexactas debido sobre todo a la complejidad de los fenómenos que le conciernen, pero esa inexactitud puede ser compensada si se hacen a *gran escala*, o sea, si se formulan a largo plazo y sobre cuestiones de relevancia. Si el objeto de la predicción es de una importancia grande para la humanidad y el margen conceptual y temporal en el que se formula es suficientemente amplio, la utilidad de la misma puede suplir la deficiencia que representa su falta de exactitud. Estas predicciones a gran escala tiene más el carácter de profecías históricas que de predicciones científicas en sentido propio (30).

b₂) La base empírica en la que la sociología debe apoyar sus observaciones es la historia política o social, entendida como crónica de los acontecimientos importantes en la vida política o social de los hombres; en otras palabras, «la sociología es historia teórica» (31). Es la historia la que verifica o refuta las predicciones de la sociología. Sólo en este sentido es aplicable el método experimental (método hipotético - deductivo) en las ciencias sociales, pero esto no representa una diferencia sustancial con las ciencias naturales, ya que también en la astronomía la única experimentación posible es la de sugerir hipótesis, efectuar predicciones y ver corroboradas o refutadas las mismas mediante la observación de los hechos.

c₂) En la medida en que las predicciones de las ciencias sociales han de ser predicciones históricas, las leyes sobre las que se basen serán también leyes históricas. Ahora bien, las uniformidades sociales están constreñidas a períodos históricos concretos y no pueden ser generalizadas para obtener de ellas leyes invariables válidas a lo largo de distintos períodos y lugares. «Por lo tanto,

las únicas leyes universalmente válidas de la sociedad tienen que ser leyes que *eslabonen períodos sucesivos*. Tienen que ser *leyes del desarrollo histórico* que determinen la transición de un período a otro» (32).

d₂) Como la tarea de las ciencias sociales es predecir el desarrollo futuro de la raza humana, éstas se convierten en instrumento político de gran valor, aunque teniendo siempre presente que «sólo aquellos planes que encajan en la corriente principal de la historia pueden ser eficaces» (33). La acción política inteligente se basa en el conocimiento del curso futuro de la historia. Las predicciones históricas que proporcionen las distintas ciencias sociales contribuyen a facilitar el advenimiento de los nuevos tiempos.

Después de esta caracterización es fácil apreciar que antinaturalistas y pronaturalistas coinciden en varios puntos esenciales (la imposibilidad de generalizar, el enfoque holista, etc.), puntos que, por tanto, van anejos a cualquier tipo de historicismo. Pero ante todo coinciden en la convicción de que la variabilidad de las uniformidades sociales de un período a otro hace que las únicas leyes sociales posibles sean leyes del desarrollo histórico, así como que la necesaria inexactitud de las predicciones sociales a corto plazo es la causa de que sólo las predicciones a gran escala tengan una utilidad real. De estas coincidencias ambos bandos sacan conclusiones opuestas. Los antinaturalistas opinan que la no existencia de uniformidades sociales invariables y la imposibilidad de hacer predicciones exactas son razones suficientes para sostener la diferencia de métodos entre las ciencias naturales y sociales. Los pronaturalistas, sin embargo, creen que las leyes del desarrollo histórico y las predicciones a gran escala son auténticas leyes y predicciones científicas, equivalentes a las leyes y predicciones propias de las ciencias naturales; de ahí concluyen que lo que tanto las ciencias naturales como las sociales persiguen es la explicación causal de los fenómenos, para lo cual deben emplear esencialmente los mismos métodos.

Las principales objeciones que Popper plantea al historicismo pronaturalista son estas:

a₂') El historicismo pronaturalista confunde dos clases de predicciones. Confunde las *predicciones tecnológicas*, basadas en datos experimentales, con las *profecías*, basadas en observaciones no experimentales (34). Las predicciones tecnológicas son las genuinamente científicas y poseen un carácter condicional, esto es, predicen el cumplimiento de algún fenómeno si previamente concurren una serie de condiciones iniciales. Las profecías, en cambio, son incondicionales, absolutas, señalan la dirección en la que necesariamente marchan los acontecimientos.

b₂') Es necesario distinguir entre dos clases distintas de ciencias. Por un lado están las llamadas *ciencias generalizadoras o teóricas* (física, biología, sociología, etc.), cuyo interés se centra en la búsqueda y experimentación de leyes universales; por el otro están las *ciencias históricas*, que se interesan no por las leyes universales, sino por los acontecimientos singulares. Las ciencias históricas pretenden la explicación causal de un acontecimiento singular, y para ello dan por supuestas toda clase de leyes universales, unas veces tan triviales que son dictadas por el sentido común, otras veces tomadas de las ciencias teó-

ricas. Por consiguiente, no se puede decir que la sociología está basada en la historia, más bien lo que sucede es lo contrario, la sociología es una de las principales ciencias que proporcionan leyes universales a las ciencias históricas (35). Además, los grandes acontecimientos históricos no tienen un papel especial en la contrastación de las hipótesis sociológicas porque dichas hipótesis no versan sobre la marcha evolutiva de la sociedad.

c₂) «La búsqueda de una ley que determine el 'orden invariable' de la evolución no puede de ninguna forma caer dentro del campo del método científico, ya sea en biología, ya en sociología» (36). En efecto, cualquier proceso evolutivo es un proceso histórico único que sucede de acuerdo con multitud de leyes causales, pero cuya descripción no es una ley, sino una proposición histórica singular. Una de las respuestas que el historicista puede dar a esta objeción es que, aunque el proceso sea único, es posible descubrir alguna tendencia implícita en él y poner a prueba con la experiencia futura la hipótesis de su existencia. Popper replica a esto que, a pesar de que puedan existir tendencias, las tendencias no son leyes. Una ley viene expresada por un enunciado universal, una tendencia por un enunciado existencial; de ese modo, mientras que podemos basar una predicción científica en una ley, no sucede otro tanto con una tendencia (una tendencia que se ha mantenido durante años puede variar en un breve espacio de tiempo) (37). Por otra parte, las leyes incluyen dentro de sí las condiciones de su validez, pero las tendencias dependen de la persistencia de ciertas condiciones no incluidas en la formulación de la tendencia misma. Uno de los principales errores del historicismo pronaturalista, especialmente el de Comte y Mill, es el de confundir leyes con tendencias y hacer de éstas *tendencias absolutas* (38).

d₂) La propensión típica de muchos historicistas al activismo, a la 'ingeniería social utópica' (*utopian social engineering*), a la reforma de la sociedad en su conjunto basándose en la predicción del curso de la historia, está en contradicción con los principios teóricos de su doctrina. La tesis central del historicismo es que la sociedad evoluciona siguiendo «un camino predeterminado que no puede cambiar, por etapas que predetermina una necesidad inexorable» (39). Según esto, es imposible modificar el curso de la historia. «El historicista sólo puede *interpretar* el desarrollo social y ayudarlo de varias formas; sin embargo, su tesis es que *nadie puede cambiarlo*» (40). Frente a la ingeniería utópica defendida incongruentemente por el historicismo, Popper mantiene la utilidad de lo que él llama 'ingeniería social fragmentaria' (*piecemeal social engineering*), que en lugar de en la predicción histórica, se basa en la tecnología social, esto es, en la crítica y ensayo de propuestas parciales de mejoras sociales de acuerdo con nuestros propósitos y deseos (41).

Llegados a este punto cabe formular la misma pregunta que ya planteamos antes con ocasión de la crítica del historicismo antinaturalista: la pregunta por la pertinencia en la atribución de las tesis descritas por Popper como definitivas del historicismo pronaturalista a los autores que menciona, en especial a Comte, a Mill y a Marx.

Sobre el historicismo de Comte y de Marx no tenemos nada importante que decir, en el primer caso porque coincidimos básicamente con el análisis

de Popper, en el segundo caso porque quizás se ha dicho ya demasiado y, como explicamos al principio, no parece fácil llegar a un entendimiento mínimo a causa de las connotaciones políticas (42). Entrar en la discusión sería motivo de un artículo distinto.

Nos interesa mucho más hacer una somera revisión de la crítica de Popper a la filosofía de Mill, entre otras cosas porque éste es precisamente el autor que aparece en *La miseria del historicismo* como interlocutor principal para este tipo de historicismo.

Popper sabe escoger los textos de Mill con suma habilidad para apoyar sus puntos de vista. Cualquiera que no vaya directamente a las fuentes y se fíe por completo de la antología de textos que Popper nos ofrece no puede dejar de sacar la misma conclusión que él. No vamos a negar que en la obra de Mill hay pasajes que dejan pensar en un historicismo muy similar al de Comte. En ese sentido la influencia del francés era más fuerte de lo que el propio Mill advirtió. Así por ejemplo, Mill cree que la mente humana puede discernir un cierto orden en la sucesión de los acontecimientos históricos, y que existe una tendencia hacia el perfeccionamiento de la humanidad; e incluso se arriesga a veces a efectuar predicciones a largo plazo sobre el futuro de la sociedad europea. Pero en lo que se separa radicalmente de Comte es en la convicción que éste tiene de que la evolución histórica de la humanidad es «un desarrollo inevitable y espontáneo, en el cual la dirección final y la marcha general están determinadas exactamente por leyes plenamente naturales» (43). Por el contrario, el énfasis del pensamiento milleano está puesto en la negación de esta posición extrema (44).

En efecto, en las páginas del libro VI del *Sistema de lógica* Mill deja bien claro que las leyes acerca de los fenómenos humanos y sociales poseen tres características permanentes: en virtud de la complejidad de los fenómenos sobre los que versan y de las limitaciones de nuestro conocimiento, son leyes meramente *aproximadas*; en virtud de la enorme multiplicidad de factores que pueden intervenir para contrarrestar el efecto descrito por la ley, sólo pueden ser *tendenciales*; y como consecuencia de lo anterior y en virtud del carácter no absoluto de su aserción, son *condicionales* (45). Estas características impiden en opinión de Mill cualquier posibilidad de hacer predicciones fiables a largo plazo sobre el desarrollo de los asuntos humanos.

El ataque de Popper se centra sobre todo en mostrar que Mill confunde constantemente leyes con tendencias, que habla de tendencias históricas y sociales como si éstas fueran absolutas y sin ninguna dependencia de condiciones iniciales, como si fueran «la base de *profecías* incondicionales, (...) opuestas a las predicciones condicionales científicas» (46). Mill fue, sin embargo, muy explícito al respecto. En el *Sistema de lógica* escribe que las leyes relativas a las acciones humanas individuales y sociales «no deben afirmar que tal cosa sucederá siempre o con seguridad, sino sólo que tal o cual será el efecto de una causa dada en la medida en que obre sin ser contrarrestada» (47) y más adelante añade: «La ciencia histórica no autoriza predicciones absolutas, sino sólo condicionales» (48). Esto está muy alejado del historicismo que Popper le atribuye.

Algunas de estas deficiencias, inexactitudes y falsas atribuciones que estamos señalando en la obra de Popper han sido denunciadas en múltiples ocasiones por diversos autores. Uno de los comentarios más citados al respecto es el del historiador británico Edward H. Carr. En su obra *¿Qué es la historia?* leemos: «El profesor Popper hace del 'historicismo' el cajón de sastre en que junta todas las opiniones acerca de la historia que le desagradan, incluyendo por igual algunas que a mí se me antojan adecuadas y otras que, si no me equivoco, no defiende hoy ningún escritor serio» (49). Ciertamente, a pesar del sarcasmo, algo de razón debe haber en el comentario cuando, según parece, con la posible excepción de Spengler y Comte, ningún autor encaja de forma aceptable en los patrones popperianos del historicismo. No obstante, al mismo tiempo que se denuncian estas deficiencias, es necesario reconocer que la crítica de Popper al historicismo ha ejercido una influencia benéfica sobre la literatura filosófica de los últimos años relacionada con temas sociales y políticos. Expresiones como 'leyes de la historia', 'destino inexorable', 'espíritu de los pueblos', 'fuerzas sociales irresistibles', etc. han desaparecido prácticamente del vocabulario de filósofos y científicos, y ello ha de agradecerse en buena medida a la labor de Popper.

2. El individualismo metodológico

Entre los aspectos del historicismo que más enérgicamente rechaza Popper destaca, por tratarse del que con más fuerza arraiga en la mente de los científicos sociales, el de su tendencia al holismo metodológico. El holismo sostiene que las ciencias sociales no se ocupan de individuos aislados, sino de grupos humanos considerados como totalidades, como estructuras superiores a la mera suma de sus miembros componentes. En consecuencia con ello, las explicaciones sociales deben ser formuladas en términos que designen grupos humanos y atributos o propiedades de los mismos. Popper disiente de esta teoría por las razones ya explicadas; según su opinión, «la tarea de la ciencia social es la de construir y analizar nuestros modelos sociológicos cuidadosamente en términos descriptivos o nominalistas, es decir, *en términos de individuos*, de sus actitudes, esperanzas, relaciones, etc. —un postulado que se podría llamar 'individualismo metodológico'» (50). Este postulado ha sido desarrollado y definido con mayor precisión por J.W.N. Watkins, quien lo llama 'principio del individualismo metodológico'. Estas son sus palabras:

Este principio establece que los procesos y acontecimientos sociales deberían explicarse deduciéndolos de (a) principios que gobiernan la conducta de los individuos participantes, y (b) descripciones de las situaciones de dichos individuos. El principio contrario del holismo metodológico establece que el comportamiento de los individuos debería ser explicado deduciéndolo de (a) leyes macroscópicas que son *sui generis* y que se aplican al sistema social como un todo, y (b) descripciones de las posiciones (o funciones) de los individuos dentro de la totalidad (51).

Aunque el origen del individualismo en ciencias sociales puede remontarse hasta la obra de Hobbes, el primero que lo abanderó de forma explícita fue

John Stuart Mill. En su obra ya citada nos dice: «Las leyes de los fenómenos de sociedad no son ni pueden ser otra cosa que leyes de las acciones y pasiones de los seres humanos unidos entre sí en un estado de sociedad» (52). No obstante, el individualismo de Mill es más un individualismo ontológico que metodológico, es decir, Mill no nos habla del modo en que deben ser estudiados y explicados los fenómenos sociales, sino de la naturaleza misma de la sociedad. Sus dos tesis principales son:

- 1) *La sociedad no es más que el conjunto de los individuos*: «Los hombres, aunque en estado de sociedad, son siempre hombres; sus acciones y pasiones obedecen a las leyes de la naturaleza humana individual» (53).
- 2) *La sociedad no tiene propiedades que no sean reducibles a las propiedades de los individuos*: «Los seres humanos en sociedad no tienen más propiedades que las derivadas de las leyes de la naturaleza del hombre individual y que se pueden reducir a ella» (54).

Ahora bien, este individualismo ontológico conduce en la obra de Mill a una consecuencia metodológica de suma importancia que llegó incluso a marcar la opinión común de toda la época. Si las leyes que rigen los fenómenos sociales no son otra cosa que el resultado de las leyes que gobiernan las acciones y pasiones de los individuos —leyes de la naturaleza humana—, y estas leyes de la naturaleza humana son, según el londinense, objeto de estudio por parte de la psicología, resulta entonces que debe ser la psicología la que proporcione el fundamento explicativo de los fenómenos sociales. La conducta social de los individuos ha de poder ser explicada por medio de las leyes de su naturaleza individual, o dicho de otro modo, por medio de las leyes de la constitución de su mente (*mind*). Tal afirmación es más que una propuesta metodológica, es también un programa de investigación para las ciencias sociales consistente en reducir la sociología a la psicología. A esta doctrina se la conoce como *psicologismo sociológico*.

El individualismo de Popper surge en polémica con el psicologismo sociológico de Mill. Popper cree que una posición individualista en ciencias sociales no tiene por qué conducir necesariamente al psicologismo. Una explicación social puede estar referida a la conducta de los individuos sin tener que estarlo a sus procesos mentales.

La primera acusación que Popper dirige contra el psicologismo es bastante discutible. A su parecer, el psicologismo se ve obligado a adoptar métodos historicistas y a especular acerca del origen y evolución de la sociedad:

Si todas las uniformidades de la vida social, las leyes de nuestro medio social, de nuestras instituciones, etc., han de ser explicadas, en última instancia, por las 'acciones y pasiones de los seres humanos', y reducidas a éstas, entonces un enfoque semejante nos llevará, no sólo a la idea del desarrollo histórico causal, sino también a la idea de los *pasos iniciales* de dicho desarrollo. (...) Así, el psicologismo se ve forzado, le guste o no, a operar con la idea del *comienzo de la sociedad* y con la idea de una naturaleza y una psicología humanas tales como existieron con anterioridad a la sociedad (55).

Hay que decir, sin embargo, que, a pesar de la insistencia de Popper, el psi-

cologismo en cuanto tal no es —y menos en la obra de Mill— una teoría explicativa del origen de la sociedad, sino una teoría explicativa de las acciones sociales de los hombres. Ya hemos visto que el pretendido historicismo de Mill no existe, al menos en la forma que Popper quiere, pero es que además es difícil, por no decir imposible, encontrar un sólo texto en el que Mill especule acerca de una naturaleza humana previa a cualquier estado de sociedad o acerca de los pasos iniciales del desarrollo social. Popper, desde luego, no es capaz de aducir ninguno.

Pero no es este el único reproche que nuestro autor tiene que hacer al psicologismo. La psicología no puede ser la ciencia que fundamente a las ciencias sociales por la sencilla razón de que ella misma es una ciencia social y presupone el conocimiento y el uso de diversos conceptos sociológicos: «Categorías como: a) imitación, b) lenguaje, c) familia, son evidentemente categorías sociales; y está claro que la psicología del aprendizaje y del pensamiento, pero también, por ejemplo, el psicoanálisis, no resultan posibles sin una u otra de estas categorías sociales» (56).

Por último, el psicologismo queda arrinconado de forma definitiva como doctrina metodológica por su incompreensión de la tarea principal de las ciencias sociales. Según Popper, la labor de dichas ciencias «debe consistir en analizar las repercusiones sociales involuntarias de las acciones humanas deliberadas» (57). La mayor parte de los fenómenos sociales no son consecuencia inmediata de las acciones voluntarias de los individuos, no obedecen a una intención dirigida directamente hacia su realización, sino que se producen incluso en contra de los deseos de los que los provocan. Así, un hombre que necesita vender urgentemente una casa recibirá por ella un precio sensiblemente menor que el pagado por otro hombre con urgencia por comprar una casa similar. El hecho de querer vender hace bajar el precio del producto en un mercado libre, y el hecho de querer comprar lo hace subir; consecuencias ambas no buscadas, obviamente, por los individuos.

El psicologismo desconoce estas circunstancias en la medida en que comporta una especie de 'teoría conspirativa de la sociedad'. Para el psicologista, «los fenómenos sociales se explican cuando se descubre a los hombres o entidades colectivas que se hallan interesados en el acaecimiento de dichos fenómenos (...), y que han trabajado y conspirado para producirlos» (58). Pero operando de este modo no se tiene en cuenta que toda acción consciente y voluntaria se produce dentro de un marco de instituciones y tradiciones que reaccionan ante ella hasta hacer a veces imprevisible el resultado.

La alternativa individualista que Popper propone frente al psicologismo es el *método del análisis situacional o de la lógica de la situación*, también llamado *método cero*. Popper toma este método de la economía y lo presenta como una generalización de la teoría de la utilidad marginal (59). Como su propio nombre indica, el método consiste en «analizar la situación de los hombres que actúan, lo suficiente como para explicar su conducta a partir de la situación misma, sin más ayudas psicológicas. La 'comprensión' objetiva radica en nuestra consciencia de que la conducta era objetivamente *adecuada a la situación*» (60). El nombre de 'método cero' obedece a que lo que se pretende en última instancia

es «construir un modelo en base a una suposición de completa racionalidad (y quizá también sobre la suposición de que poseen información completa) por parte de todos los individuos implicados, y luego estimar la desviación de la conducta real de la gente con respecto a la conducta modelo, usando esta última como una especie de coordenada cero» (61). El modelo construido debe intentar, pues, ser fiel a la situación real, de modo que su desviación de ésta sea lo más pequeña posible. Un modelo que deja poco lugar a la irracionalidad en la conducta a explicar es mejor que otro que deja un lugar mayor. El modelo será tanto más preferible cuanto más racional nos haga ver la conducta real.

El método del análisis situacional es un método de explicación social individualista, pero no psicologista. Una explicación psicologista de los fenómenos sociales parte de las leyes de la psicología y toma como condiciones iniciales de los fenómenos los factores psicológicos individuales; sin embargo, la explicación que proporciona el análisis situacional sustituye estos factores psicológicos individuales por elementos situacionales típicos, y las leyes psicológicas por un principio de actuación que Popper designa como 'principio de racionalidad' (62).

Precisando más, una explicación psicologista de un fenómeno social toma como condiciones iniciales del fenómeno en cuestión elementos tales como los deseos particulares de los individuos, sus motivos, sus recuerdos, sus esperanzas, sus intenciones, etc. Una explicación basada en la lógica de la situación prescinde de todos estos elementos subjetivos y los sustituye por elementos equivalentes pero que puedan ser detectados objetivamente en la situación: «El hombre que alimenta tales o cuales deseos es convertido en un hombre a cuya situación se debe que persiga tales o cuales *fin*es objetivos. Y un hombre con tales o cuales recuerdos y asociaciones es convertido en un hombre a cuya situación corresponde que venga objetivamente pertrechado de esta o aquella teoría o de esta o aquella información» (63).

Por su parte, el principio de racionalidad es un principio hipotético que enuncia que «las personas o agentes que intervienen actúan de modo *adecuado* y *apropiado*, es decir, conforme con la situación considerada» (64). Con esto no se quiere hacer ninguna afirmación empírica en el sentido de que los hombres actúen siempre o casi siempre de modo racional. El principio es la consecuencia necesaria de aceptar el análisis situacional como postulado metodológico. Si admitimos que el procedimiento de explicación en las ciencias sociales consiste en la construcción de un modelo ideal o tipo de una situación dada para compararlo después con la realidad de la misma, hemos de asumir igualmente que los individuos que intervienen en la situación operan de manera completamente racional, esto es, sacan todas las consecuencias de lo que está implícito en la situación. De ese modo el principio de racionalidad no es una hipótesis científica que haya de ser empíricamente contrastada (la hipótesis a contrastar es el modelo construido, el análisis concreto de la situación), pero tampoco es un principio válido *a priori* (basta recurrir a la experiencia cotidiana para ver que los hombres muy rara vez se comportan de modo completamente racional). Según Popper, el principio es una asunción mínima que hace toda teoría social, siquiera sea porque con él se reduce la arbitrariedad en la construcción

de modelos. Pero dicha asunción ha de ser salvada siempre en caso de que, sometida a contrastación la teoría (el modelo), resulte falsada. Esta es la justificación que Popper ofrece de esta actitud:

El principal argumento en favor de esta política consiste en que nuestro modelo es mucho más interesante y rico en informaciones y que es más fácil de someter a contraste que el principio de la adaptación de nuestras acciones. Aprendemos muy poco si constatamos que el principio no es estrictamente verdadero: ya lo sabíamos. Además, aunque sea falso, está en general suficientemente próximo de la realidad; la consecuencia es la siguiente: si podemos refutar empíricamente nuestra teoría, el resultado negativo de la contrastación será, en general, bastante neto, y aunque el principio de racionalidad pueda ser una de las causas entre otras, la responsabilidad principal corresponde normalmente al modelo (65).

El individualismo metodológico, ya sea en su versión psicologista, ya sea en su versión antipsicologista, ha sido objeto de críticas muy diversas, pero casi todas ellas coincidentes en la idea de que ambas modalidades presentan los mismos errores de base. Maurice Mandelbaum ha insistido en la imposibilidad de reducir el lenguaje de la sociología a un lenguaje donde sólo aparezcan términos referidos a los pensamientos, las acciones o las capacidades de los individuos. Cualquier intento de una reducción semejante deja un residuo que no puede ser vertido a dichos términos. La tesis de Mandelbaum es que no se pueden entender los actos de los seres humanos como miembros de una sociedad, a menos que se suponga que existe un conjunto de hechos —los hechos sociales— que son tan esenciales o primigenios como aquellos hechos que son de índole psicológica (66). Si, por ejemplo, queremos explicar una acción social elemental como es la de un individuo que entra en un banco para cobrar un cheque, no es suficiente con que describamos sus movimientos, establezcamos sus fines objetivos y sus conocimientos y fijemos las reacciones que su acción provoca en los otros individuos. Nada de esto adquiere un sentido completamente inteligible si no se posee un conocimiento previo de lo que es una institución bancaria y de las normas elementales de su funcionamiento. Términos como 'banco', 'depositario legal', 'contrato', etc., han de formar parte (implícita o explícita) de la explicación buscada. Ahora bien, estos términos dicen relación al sistema legal vigente, y nadie negará que el propio sistema legal no puede definirse en términos de comportamiento individual (67). En consecuencia, toda explicación de un fenómeno social implica el uso de conceptos típicamente sociales, intraducibles a términos referidos a la conducta de los individuos.

Ante esta objeción Popper podría argüir que, en realidad, el análisis situacional no excluye de las explicaciones los elementos institucionales, ya que también las instituciones sociales y las tradiciones conforman el entorno social en el que se mueven los individuos (68). Cuando en el simposio de Burgos Pedro Schwartz le planteó una crítica muy parecida a la expuesta, Popper respondió:

Nunca, que yo sepa, he dicho que podemos reducir las instituciones a individuos o a acciones individuales. (...) Puedo resumir mi tesis como si-

que: Las instituciones no son reducibles a las acciones de los individuos, porque toda acción individual ocurre en una situación y toda situación contiene elementos físicos, elementos institucionales y otros individuos, individuos que compiten y cooperan. Una situación es algo extremadamente complejo, (...) y siempre tiene que presentarse de manera muy simplificada. Ya que la acción del individuo sólo puede analizarse porque el individuo actúa dentro de una situación, y ya que las instituciones forman parte de la situación, no podemos reducir instituciones a individuos o a acciones individuales.

¿Qué queda del individualismo metodológico? Es que los colectivos no actúan, no tienen intereses; los colectivos no tienen planes, aunque podemos decir (por razones de sencillez) que los colectivos actúan, tienen intereses, planes, etc. Quien verdaderamente actúa, tiene intereses, planes, etc., es el individuo. Esta es en síntesis la tesis del individualismo metodológico (69).

Claro que, de esta forma, el individualismo metodológico de Popper queda tan matizado que casi se diluye. La tesis individualista se reduce ahora a una afirmación bastante trivial, a saber, que detrás de las instituciones siempre están los individuos, y que éstos son los constituyentes últimos de la sociedad. Este individualismo, que el vienes ha mantenido en sus formulaciones más tardías (70), ya no es metodológico, sino ontológico. Por eso, algunos autores se han preguntado por qué Popper insiste en llamarlo 'individualismo metodológico'. Steven Lukes sostiene que tanto Popper como Watkins ponen el peso de sus argumentos en combatir el holismo y el historicismo, pero que «la oposición a ambas doctrinas no supone la aceptación del individualismo metodológico» (71). Un fenómeno social —prosigue Lukes— puede describirse en términos que no se refieran exclusivamente a individuos sin caer por ello en el holismo o en el historicismo. Y esta parece ser justamente la posición que Popper viene a mantener en la actualidad. Aquí hacemos nuestras las palabras de Ernest Nagel cuando dice: «Muchos estudiosos que se adhieren al individualismo metodológico lo hacen porque creen que rechazar una interpretación hipostática de términos colectivos y negar que en los asuntos humanos haya 'agentes sobrehumanos' causalmente activos es lógicamente equivalente a la tesis reduccionista. pero (...) tal creencia es equivocada, de modo que la adhesión a la tesis ontológica no exige lógicamente una adhesión a la tesis reduccionista» (72).

3. La unidad de método

A lo largo de esta exposición se ha dejado ya traslucir la idea de que Popper es un naturalista en cuestiones de método, es decir, que considera que el método de las ciencias sociales es básicamente el mismo que el de las ciencias naturales. No siempre ha sido ésta, sin embargo, su opinión al respecto. Durante algún tiempo creyó encontrar ciertos puntos de divergencia entre ambos tipos de ciencia como, por ejemplo, el efecto Edipo, o la dificultad de aplicar la cuantificación en los fenómenos sociales, pero finalmente terminó por llegar al convencimiento de que tales divergencias eran aparentes (73). Aún hace

unos pocos años Popper manifestaba públicamente que la tesis de la unidad de método no era esencial en su filosofía y que no tenía una opinión definitiva sobre el tema (74). No obstante, estos titubeos temporales, que en su fondo sólo afectan a aspectos parciales o a cuestiones de matiz, no disipan el hecho de que la tesis de la unidad de método en las ciencias es una de las constantes de la obra popperiana, donde es defendida con numerosos argumentos; los mismos que le sirven para rechazar rotundamente el dualismo epistemológico y la filosofía del *verstehen*.

Para Popper, al igual que para los positivistas, la comprensión intuitiva de los hechos sociales puede ser, a lo sumo, una fuente interesante e inagotable de hipótesis, pero no sirve por sí misma para establecer la verdad de ninguna de ellas por muy fuerte que sea el sentimiento intuitivo de su certeza. Toda hipótesis científica, cualquiera que sea su origen, tiene que ser empíricamente contrastada. La comprensión lúcida, brillante y sugestiva de una acción o de un conjunto de acciones por parte del científico social no garantiza la validez de sus conclusiones. Pretender lo contrario sería tanto como querer eliminar de las ciencias la contrastación de las hipótesis, sustituyéndola por una convicción personal imposible de estimar objetivamente. La comprensión puede ser si se quiere un instrumento útil para inventar hipótesis en las ciencias sociales, pero su oficio termina ahí, en la construcción de la hipótesis, acto seguido se ha de proceder a la evaluación de la misma de acuerdo con principios que son comunes a todas las ciencias. «Desde el punto de vista del método científico —escribe Popper—, una hipótesis social sugerida por intuición no se halla en mejor posición que una hipótesis física relativa a los átomos» (75).

Ahora bien, Popper se esfuerza en destacar que su defensa de la unidad del método científico no debe ser confundida con un género perjudicial de naturalismo al que, siguiendo a Hayek, designa como 'cientifismo' (76). El cientifismo es una actitud radical, propia del historicismo pronaturalista y del positivismo, que erige a las ciencias naturales en modelo de científicidad y pide a las ciencias sociales que imiten de manera servil los modos y procedimientos de aquéllas. El modo como las ciencias sociales pueden aproximarse, según el cientifismo, al ideal de la objetividad científica es comenzando con observaciones y mediciones (sondeos estadísticos, etc.) y ascender a partir de ahí inductivamente a posibles generalizaciones y a la formación de teorías (77).

Popper afirma, pues, que la unidad del método científico no es consecuencia de la imitación de un modelo metodológico tomado de las ciencias naturales, y más en particular, de la física. Su fundamento estaría más bien en la idea de que el método científico, en tanto que método de contrastación de hipótesis, no puede tener variantes esencialmente divergentes, no puede ser aquí una cosa y allá otra distinta. El método científico es el instrumento racional para ensayar de forma crítica posibles soluciones a problemas planteados, y ese ensayo y crítica de soluciones es algo común a cualquier ciencia. Las ciencias físicas han alcanzado antes un estado de madurez que les ha permitido un largo manejo de ese método, pero eso no significa que sea un método propio de ellas o más adecuado a sus características. Toda ciencia, desde el momento en que se constituye como tal, asume el principio de que sus teorías y leyes son hipó-

tesis que deben ser ensayadas y puestas a prueba mediante la experiencia con el mayor rigor y dureza posible. Una disciplina que no asuma este principio no es una disciplina científica; la posibilidad de refutar empíricamente sus teorías es justamente el rasgo epistemológico que delimita lo que es ciencia de lo que no lo es. El método de ensayo y crítica (o de conjeturas y refutaciones) es común a todas las ciencias, ya que él mismo es el criterio de científicidad (78).

Descrito de forma muy general y simplificada, el método de conjeturas y refutaciones se atiene al siguiente esquema de funcionamiento:

$$P_1 \rightarrow TT \rightarrow EE \rightarrow P_2$$

P_1 es el problema del que se parte, puesto que todo proceso de investigación comienza siempre con un problema a resolver. Como solución a este problema se propone una 'teoría tentativa' (TT), o sea, una suposición o conjetura imaginativa que intente responder a los interrogantes planteados. El siguiente paso es la eliminación de los errores (EE) que pueda contener esta primera teoría conjetural. Para ello se la somete a un análisis crítico en el cual el aspecto decisivo consiste en deducir de la teoría alguna consecuencia particular que sea susceptible de refutación empírica, e intentar por todos los medios esa refutación. Si se consigue refutarla, la teoría debe ser desechada y sustituida por otra mejor; si no se consigue, la teoría ha pasado por esta vez con éxito la prueba, pero no se puede asegurar su verdad definitiva, permanece como una mera hipótesis, aunque nuestra confianza en ella sea mayor que antes de su intento de refutación. En este proceso de crítica y eliminación de errores habrían surgido problemas nuevos P_2 , no percibidos con anterioridad o no considerados hasta entonces relevantes, que exigirían a su vez nuevas hipótesis que los expliquen, reiniciándose así el proceso de forma continuada (79).

¿Cómo se concreta este modo de proceder en las ciencias sociales, teniendo en cuenta lo ya dicho acerca del análisis situacional? En las ciencias sociales el modelo de situación construido según el principio de racionalidad no es otra cosa que una hipótesis contrastable que debe ser sometida a prueba del mismo modo que si se tratase de una hipótesis física o química. El análisis de la situación proporciona una explicación causal de la conducta de los individuos a través de la construcción del modelo; a su vez, este modelo (que, naturalmente, no pasa de ser meramente aproximado) permite derivar ciertas consecuencias sobre la conducta de los individuos no observadas anteriormente. Si estas consecuencias no se cumplen, el modelo queda refutado; si se cumplen, el modelo puede seguir siendo provisionalmente admitido. También puede ocurrir que no haga falta derivar consecuencias desconocidas del modelo, sino que el simple hallazgo de un nuevo dato (un documento histórico, por ejemplo) sirva para desmentirlo. En resumen, los análisis situacionales son, como cualquier otra hipótesis, «racional y empíricamente contrastables y susceptibles de mejoramiento» (80).

A nuestro parecer, la concepción popperiana de la unidad del método científico está más cerca de la actitud positivista de lo que el propio Popper desea admitir. Para el filósofo de Viena, el positivismo en ciencias sociales (cientifis-

mo) puede ser identificado con la idea de que el método de las ciencias naturales es la inducción y que las ciencias sociales deben también proceder inductivamente (81). Pero esta identificación es un tanto arbitraria. Bien es verdad que positivismo e inductivismo han marchado íntimamente unidos a lo largo de su historia y que hay razones profundas para que así haya sido, mas en lo que a la epistemología de las ciencias sociales se refiere, la tesis peculiar del positivismo, aquélla por la que ha sido y es criticado desde las escuelas rivales, no es la tesis inductivista, sino la de la unidad fundamental del método científico (82).

El positivismo en ciencias sociales se caracteriza por la idea de que el objetivo de estas ciencias es el mismo que el de las ciencias naturales: proporcionar una *explicación legaliforme* de los fenómenos en estudio. Que esta explicación se quiera lograr por medio de procedimientos inductivos o aventurando hipótesis y contrastándolas luego por la experiencia según el modelo hipotético-deductivo, es algo que no afecta a su contenido central. Probablemente se puede ser inductivista en ciencias sociales sin ser positivista, y, en todo caso, se puede ser positivista sin pensar en la inducción como el mejor método para dichas ciencias (83), pero lo que todo positivista mantiene es que las ciencias, tanto las naturales como las sociales, deben buscar exclusivamente la explicación legaliforme de los fenómenos, y que para ello han de recurrir a los datos que la experiencia controlada proporciona. Lo que hace Popper con respecto al positivismo tradicional es cambiar el esquema inductivista como fundamento de la unidad del método por el esquema deductivista, tan general y unilateral como el primero. La explicación legaliforme sigue siendo así el aglutinante de las ciencias y el modelo que se tiene a la vista es, pese a lo que se diga, el de las ciencias físico-naturales (84).

NOTAS

- (1) Cfr. F. Meinecke, *Die Entstehung des Historismus*, München, 1936. Trad. castellana de J. Mingarro y T. Muñoz bajo el título de *El historicismo y su génesis*, México: F.C.E., 1944.
- (2) Cfr. W.J. González Fernández, «La interpretación historicista de las ciencias sociales», en *Anales de Filosofía* (Universidad de Murcia), vol. II (1984), p. 110.
- (3) Alan Donagan, «Popper's Examination of Historicism», en P.A. Schilpp (ed.), *The Philosophy of Karl Popper*, 2 vols., La Salle, Illinois: The Open Court Publishing Co., 1974, vol. II, pp. 905-924.
- (4) Véase Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos* (trad. E. Loedel), Barcelona: Paidós, 1982, caps. 22, 23 y 24, especialmente pp. 378 y 418-420. (A partir de ahora se abreviará esta obra como SA y E).
- (5) Popper, *La miseria del historicismo* (trad. P. Schwartz), Madrid: Alianza, 1973, p. 18 (A partir de ahora abreviada como MH).
- (6) La prueba de que Popper estaba utilizando el término 'historicism' en un sentido estipulado, orientado a sus fines particulares y sin sentirse coaccionado por cualquier otro significado anterior, está en sus propias palabras: «Con su introducción espero evitar discusiones meramente verbales, porque nadie, espero, sentirá la tentación de discutir sobre si cualquiera de los argumentos aquí examinados pertenecen o no real, propia o esencialmente al historicismo, o lo que la palabra 'historicismo' real, propia o esencialmente significa» (*Ibidem*).
- (7) En su respuesta a Donagan Popper le da la razón sobre este punto. Véase «Replies to my Critics», en Schilpp (ed.), *op. cit.*, p. 1.173.
- (8) Popper, *La miseria del historicismo*, p. 17. En *La sociedad abierta y sus enemigos* (p. 23) repite que la doctrina historicista central «afirma que la historia está regida por leyes históricas o evolutivas específicas cuyo descubrimiento podría permitirnos profetizar el destino del hombre».
- (9) Cfr. MH, p. 16.
- (10) Una refutación lógica del historicismo la presenta Popper en un trabajo de 1950 titulado «Indeterminism in Quantum Physics and in Classical Physics», publicado en *The British Journal for the Philosophy of Science*, 1 (1950), pp. 117-133 y 173-195. Vuelve más extensamente sobre el tema en un capítulo del *Post Scriptum a La lógica de la investigación científica* traducido al castellano por M. Sansigre bajo el título de *El universo abierto*, Madrid: Tecnos, 1984, cap. III.
- (11) MH, p. 19.
- (12) MH, p. 20.
- (13) Cfr. MH, pp. 22-25.
- (14) Cfr. MH, pp. 26-27.
- (15) Cfr. MH, pp. 28-30.
- (16) Cfr. MH, pp. 31-33.
- (17) Alguien podría pensar que los apartados a₁) y c₁) son incompatibles con la definición dada por Popper del historicismo, la cual asigna a dicha postura filosófica la creencia en la existencia de leyes históricas y de predicciones basadas en ellas. Sin embargo, lo que a₁) niega no es la posibilidad de leyes de la evolución histórica, sino de leyes sociales que permanezcan invariables a lo largo de grandes períodos de dicha evolución. Del mismo modo, c₁) niega la posibilidad de predecir con exactitud un fenómeno social concreto en un período breve de tiempo, pero el historicista lo que afirma es la posibilidad de predecir los períodos de organización social que se irán sucediendo a lo largo de la historia. Debe quedar clara la diferencia entre leyes sociales y leyes históricas por un lado y predicción científica y profecía histórica por el otro. El historicista antinaturalista defiende sólo las segundas de cada par.
- (18) MH, p. 34.
- (19) MH, p. 43. La cursiva es nuestra.

- (20) Cfr. *MH*, pp. 43-44. Ver también *SA y E*, pp. 45-46 y 456 nota 30, y *Búsqueda sin término* (trad. C. García Trevijano), Madrid: Tecnos, 1985, pp. 23-42.
- (21) Cfr. *MH*, pp. 112-117.
- (22) Cfr. *MH*, p. 108.
- (23) *MH*, p. 109.
- (24) Cfr. *MH*, pp. 97-107.
- (25) Véase por ejemplo *Búsqueda sin término*, p. 163 e «Indeterminism in Quantum Physics and in Classical Physics».
- (26) *MH*, p. 90.
- (27) W.J. González Fernández, *loc. cit.*, p. 132.
- (28) A. Donagan, *loc. cit.*, pp. 911-912.
- (29) Popper, «Replies to my Critics», p. 1.173.
- (30) Cfr. *MH*, pp. 50-52 y 58, y *SA y E*, p. 272.
- (31) *MH*, p. 53 y 59 y ss.
- (32) *MH*, p. 56.
- (33) *MH*, p. 63.
- (34) Cfr. *MH*, pp. 57-59, *SA y E*, p. 272, y *Conjeturas y refutaciones*, pp. 406-407.
- (35) Cfr. *MH*, pp. 158-162 y *SA y SE*, pp. 425-426.
- (36) *MH*, p. 122.
- (37) Cfr. *MH*, pp. 129-130.
- (38) Cfr. *MH*, pp. 142-143.
- (39) *MH*, p. 65.
- (40) *MH*, p. 66.
- (41) Cfr. *MH*, pp. 72-73 y 78-84, y *SA y E*, p. 37.
- (42) Una crítica del examen popperiano de Marx puede encontrarse en José Rodríguez, «Marxismo e historicismo», en AA.VV., *Simposio de Burgos. Ensayos de filosofía de la ciencia*, Madrid: Tecnos, 1970, pp. 78-91.
- (43) A. Comte, *Cours de philosophie positive*, Paris: Bachelier, 1830-1842, reimpresión en Bruselas: Culture et Civilisation, 1969, vol. IV, lecc. 47, p. 237.
- (44) Para un estudio detallado de la filosofía de Mill sobre las ciencias sociales puede verse mi libro *La teoría de las ciencias morales en John Stuart Mill*, Universidad de Málaga, 1988.
- (45) Algunos textos en los que puede reconstruirse esta caracterización son: *System of Logic*, J.M. Robson (ed.), Toronto: University of Toronto Press, 1973, pp. 593-594, 444 y 870.
- (46) *MH*, p. 143.
- (47) *System of Logic*, p. 870, cfr. p. 898.
- (48) *System of Logic*, p. 941.
- (49) Edward H. Carr, *¿Qué es la historia?* (trad. J. Romero Maura), Barcelona: Ariel, 1984, p. 123, nota 9.
- (50) *MH*, p. 151.
- (51) J.W.N. Watkins, «Tipos ideales y explicación histórica», en A. Ryan (ed.), *La filosofía de la explicación social* (trad. C. Haydee Paschero), Madrid: F.C.E., 1976, pp. 139-140. Cfr. Watkins, «Historical Explanation in the Social Sciences», en Gardiner (ed.), *Theories of History*, Londres: Allen y Unwin, 1960, y F.A. von Hayek, «Scientism and the Study of Society», en *Económica*, IX y X (1943).
- (52) *System of Logic*, p. 879.
- (53) *Ibidem*.
- (54) *Ibidem*.
- (55) *SA y E*, p. 278.
- (56) Popper, «La lógica de las ciencias sociales», en AA.VV., *La disputa del positivismo en la sociología alemana* (trad. Jacobo Muñoz), Barcelona: Grijalbo, 1973, p. 116.
- (57) *SA y E*, p. 281.
- (58) *SA y E*, p. 280.
- (59) Cfr. *Búsqueda sin término*, p. 158.
- (60) *La disputa del positivismo en la sociología alemana*, p. 117.
- (61) *MH*, p. 156.
- (62) Cfr. Popper, «La explicación en las ciencias sociales. La racionalidad y el status del principio de racionalidad», en *Revista de Occidente*, 65 (1968), pp. 133-146. Una aplicación práctica del análisis situacional a un caso concreto, contando con la aprobación del mismo Popper, puede

- encontrarse en el trabajo de E.H. Gombrich, «The Logic of Vanity Fair», en P.A. Schilpp (ed.), *op. cit.*, pp. 925-955.
- (63) *La disputa del positivismo*, p. 117.
- (64) «La explicación en las ciencias sociales», p. 136.
- (65) *Loc. cit.*, 141.
- (66) Cfr. M. Mandelbaum, «Hechos sociales», en A. Ryan (ed.), *op. cit.*, p. 169. Una opinión similar es mantenida por Mario Bunge en su *Treatise on Basic Philosophy*, vol. VII, parte II, pp. 112-113. Para Bunge las relaciones sociales no son reducibles a las propiedades de los individuos. Una relación social es algo real e imposible de definir como si se tratase de una propiedad monádica. Así, la propiedad monádica de ser un empleado puede ser definida como mantener con alguien la relación diádica de 'estar empleado por' (llamando R a esta relación y P a la propiedad monádica, podemos establecer $Px = df \exists y xRy$), pero no es posible definir esa relación diádica en términos de una propiedad monádica sin perder con ello una parte fundamental de la información.
- (67) Cfr. M. Mandelbaum, *loc. cit.*, p. 177.
- (68) Cfr. *La disputa del positivismo*, pp. 118-119.
- (69) *Simposio de Burgos. Ensayos de filosofía de la ciencia*, p. 151.
- (70) Cfr. *La disputa del positivismo*, p. 119 y *Búsqueda sin término*, p. 158.
- (71) S. Lukes, «Reconsideración del individualismo metodológico», en A. Ryan (ed.), *op. cit.*, p. 202.
- (72) E. Nagel, *La estructura de la ciencia* (trad. N. Míguez), Barcelona: Paidós, 1981, p. 487.
- (73) Cfr. *Búsqueda sin término*, p. 163.
- (74) Cfr. *Simposio de Burgos*, p. 113.
- (75) *SA y E*, p. 617. Cfr. *MH*, p. 153.
- (76) Cfr. *MH*, p. 119, y *La disputa del positivismo*, pp. 104-105. Véase también F.A. von Hayek, «Scientism and the Study of Society».
- (77) Cfr. *La disputa del positivismo*, pp. 104-105.
- (78) Cfr. Popper, *La lógica de la investigación científica*, (trad. V. Sánchez de Závala), Madrid: Tecnos, 1982, p. 40.
- (79) Cfr. Popper, *Conocimiento objetivo* (trad. C. Solís), Madrid: Tecnos, 1982, pp. 157 y 224 y ss.
- (80) *La disputa del positivismo*, p. 118.
- (81) Popper sostiene a veces de forma explícita esta identificación de positivismo e inductivismo: «El positivismo realmente no es otra cosa que una generalización extensiva de la idea de inducción», nos dice en *Sociedad abierta, universo abierto*, (trad. S. Mas Torres), Madrid: Tecnos, 1984, p. 42.
- (82) Cfr. Leszek Kolakowski, *La filosofía positivista* (trad. G. Ruiz Ramón), Madrid: Cátedra, 1979, pp. 21-22.
- (83) El ejemplo más claro de una epistemología positivista no-inductivista de las ciencias sociales lo tenemos en John Stuart Mill. El caballo de batalla de Mill sobre los métodos de las 'ciencias morales' es el intento de superación del inductivismo baconiano. La inducción es para Mill un procedimiento inadecuado en aquellas ciencias que poseen una mayor perfección (como la mecánica) o una mayor complejidad (como las 'ciencias morales'). En estos casos es la simbiosis de deducción y experiencia la única que puede conseguir —como ya lo probará Newton en el caso de la mecánica— resultados apreciables.
- (84) Con esto no queremos decir que Popper sea sin más un positivista en el pleno sentido de la palabra. El monismo metodológico no basta para dar una caracterización completa del positivismo, hace falta además un empirismo extremo y una actitud reduccionista, ya sea psicologista, ya sea fiscalista, ya sea de otro tipo. Nos limitamos a señalar que en este aspecto concreto de la metodología, Popper aceptó mucho más la herencia del positivismo que en otros.